

La economía Hood Robin

La transferencia neta de recursos financieros hacia los países en desarrollo ha sido negativa cada uno de los años a partir de 1997, según informara Kofi Annan, Secretario General de las Naciones Unidas, a la Asamblea General en 2002. En otras palabras, se está quitando dinero de los pobres para dárselo a los ricos. La economía mundial está funcionando como un Robin Hood al revés.

La transferencia neta de dinero es el resultado final de muchos factores. La ayuda, por ejemplo, representa una transferencia positiva, de los países desarrollados a las naciones más pobres, pero la amortización de la deuda constituye una transferencia negativa. La ayuda está disminuyendo. La promesa de la cancelación de la deuda anunciada por los líderes de los siete países más poderosos del mundo (que casualmente también son los mayores acreedores) se está aplicando demasiado lenta y tímidamente para que sus efectos puedan percibirse. La inversión es una transferencia positiva de recursos cuando las corporaciones extranjeras traen capital para comenzar a operar en un país, pero pesa negativamente en el balance final si las ganancias no se reinvierten en el país sino que se retiran de él. Una balanza comercial negativa (cuando el país compra al exterior más de lo que exporta) se suma a los egresos de dinero. Los países en desarrollo, incluso cuando exportan más, ganan menos, como consecuencia de la caída de los precios de las materias primas y de la suba de los costos de los productos manufacturados. Las remesas que envían a sus familiares los trabajadores que emigraron constituyen un aporte sustancial para sus familias y aportan a la balanza de pagos de sus países de origen, pero la fuga de capitales socava esas cuentas. La fuga de capitales se origina con frecuencia en dinero corrupto depositado en paraísos fiscales, pero también es el resultado de ahorros nacionales legítimos que se transfieren al exterior buscando seguridad de posibles crisis financieras, que a su vez a menudo son provocadas o agravadas por capitales especulativos («inversiones de cartera») cuyo interés radica en la ganancia de corto plazo y no en el bienestar público.

El dinero que se origina en los países en desarrollo y termina en el Norte no surge de los bolsillos de los pobres y los trabajadores. Ellos no poseen ahorros para transferirlos al exterior; compran menos artículos de lujo importados; no gastan dinero en el exterior como turistas. Ese dinero proviene de las arcas de los gobiernos, en la forma de amortización de la deuda, y de los bolsillos de la élite. Pero las cuentas de los gobiernos siempre tienen que cerrar, por lo que compensan sus déficits fiscales recortando los servicios esenciales y elevando los impuestos. Y los ahorros perdidos o enviados al exterior por los ricos son inversiones perdidas por el país, que a su vez hubieran generado empleos e impuestos. Al final, son los pobres y vulnerables quienes más sufren.

Un registro de promesas incumplidas

Tras la caída del Muro de Berlín en 1989 y el posterior fin de la Guerra Fría, una serie de importantes conferencias y cumbres¹ trazaron el diseño general para una nueva era, en la cual los «dividendos de la paz» finalmente harían posible la antigua ambición de alimentar, educar y cuidar la salud de cada niño y niña del planeta. Al mismo tiempo, el concepto tradicional de «desarrollo» (que anteriormente se entendía solamente como crecimiento económico) se actualizó con consideraciones por el ambiente, los derechos humanos, la diversidad cultural y la situación de la mujer. Se alentó la participación de organizaciones de la sociedad civil, y respondieron de a miles, incorporando un entusiasmo poco habitual a los procesos de negociación diplomática, captando la atención de los medios de comunicación y abogando por compromisos concretos, mensurables y limitados por el tiempo.

La red de Social Watch se creó en 1996 para vigilar la implementación de esos compromisos y exhortar a los líderes a esforzarse más, cuando fuera necesario. Cada año desde entonces, Social Watch ha publicado informes como el presente, siguiendo indicadores, resumiéndolos en tablas y, más importante aún, divulgando las conclusiones e inquietudes de grupos ciudadanos que informaban acerca de las realidades cotidianas en sus países.

Cada informe nacional es elaborado por coaliciones ciudadanas autónomas y es el resultado de muchas semanas de investigación, consultas y debates. Los autores tienen diferentes antecedentes. Unos se dedican a la defensa de los derechos humanos; otros organizan los pobres a nivel comunitario. Algunos trabajan para sindicatos que representan a miles de trabajadores, en tanto otros se concentran en los problemas de género.

Lo que tanto las estadísticas internacionales como los informes nacionales muestran en el Informe 2003 de Social Watch es que las promesas de desarrollo no se cumplieron. Esos compromisos se asumieron en un mundo de rápido crecimiento económico que creía en la magia de una «nueva economía» revolucionaria donde los chicos inteligentes ganaban millones antes de recibirse y los países esperaban «catapultarse» de la pobreza absoluta hacia el siglo XXI gracias a la inyección infinita de capitales privados.

¹ Cumbre Mundial en favor de la Infancia en Nueva York, 1990; Cumbre para la Tierra en Rio de Janeiro, 1992; Conferencia Internacional sobre la Población y el Desarrollo en El Cairo, 1994; Conferencia Mundial de Derechos Humanos, en Viena, 1993; Conferencia Mundial sobre el Desarrollo Sostenible de los Pequeños Estados Insulares en Desarrollo, en Barbados, 1994; Cumbre Mundial para el Desarrollo Social, en Copenhague, 1995; Conferencia Mundial sobre la Mujer, en Beijing, 1995; Conferencia de Naciones Unidas sobre los Asentamientos Humanos (Hábitat II), Estambul, 1996; Cumbre Mundial sobre la Alimentación, en Roma, 1996; Conferencia de las Naciones Unidas sobre los Países Menos Adelantados, en Bruselas, 2001; Conferencia Mundial contra el Racismo, la Discriminación Racial, la Xenofobia y las Formas Conexas de Intolerancia, en Durban, 2001.

Que las promesas no se hayan cumplido no es sólo otro cuento de políticos que no cumplieron su palabra una vez que fueron electos. La economía mundial privó incluso a los gobiernos sinceramente comprometidos a mejorar la suerte de sus pueblos de los medios para hacerlo.

La «Declaración del Milenio» adoptada por la Asamblea General de las Naciones Unidas en Septiembre de 2000, y fortalecida políticamente por la presencia de un número sin precedentes de jefes de Estado, actualizó muchas de las metas de desarrollo fijadas originalmente (e incumplidas) para el año 2000 y las reformuló para el año 2015. La declaración también otorgó el apoyo oficial de la ONU a la meta de «reducir la pobreza extrema a la mitad» para esa fecha.

El grupo de objetivos incluido en ese documento, conocidos como los Objetivos de Desarrollo para el Milenio (ODM), es levemente menos optimista que los fijados originalmente para 2000,² pero aún exige un cambio sustancial en el entorno económico mundial para poder alcanzarlos.

Cinco de los ocho ODM refieren casi directamente a la prestación de servicios básicos, en las áreas de la salud, la educación y el abastecimiento de agua. El Objetivo 1, sobre la pobreza, también está, en gran medida, relacionado con el acceso a los servicios (aunque la pobreza es reconocida ahora como un problema multidimensional, con una variedad de causas internas y externas). Por lo tanto, resultaba lógico que Social Watch concluyera que debía contribuir con el debate internacional concentrando el informe actual en los servicios que son esenciales para los pobres.

Todos opinan que los servicios básicos deben mejorar y ser accesibles para todos, pero la discusión de cómo lograrlo es cada vez más polémica. El comienzo de las negociaciones sobre el acceso de las empresas extranjeras a la prestación de servicios está previsto para 2003 según el Acuerdo General sobre Comercio de Servicios (GATS), un tratado de la Organización Mundial del Comercio, y el Banco Mundial está preparando un informe sobre «servicios para los pobres» que condena el modelo vigente de prestación gubernamental de servicios y aboga por las concesiones privadas y la subcontratación.

Semejante fe en que la capacidad del mercado contribuirá al logro de los ODM no encuentra eco en lo informado en el presente informe por las coaliciones de Social Watch de todo el mundo. Como consecuencia de sus intentos de «ganarle al mercado», muchos conocidos ejecutivos terminaron en la cárcel en 2002, mientras las familias que confiaron en ellos perdieron sus ahorros jubilatorios. Para que los mismos protagonistas del mercado, sin restricciones ni reglamentos, no les ganen a los pobres, tanto los gobiernos como las corporaciones deberán asumir su obligación de rendir cuentas a los ciudadanos de todo el mundo.

La tinta aún no se secó sobre el documento donde más de cien jefes de Estado reconocieron que «además de las responsabilidades que todos tenemos respecto de nuestras sociedades, nos incumbe la responsabilidad colectiva de respetar y defender los principios de la dignidad humana, la igualdad y la equidad en el plano mundial.»³ No permitir que esa responsabilidad quede en el olvido es una de las maneras de ayudarlos a cumplir su compromiso de «hacer realidad para todos el derecho al desarrollo y a poner a toda la especie humana al abrigo de la necesidad.»⁴

Roberto Bissio
Coordinador de Social Watch

Montevideo, diciembre de 2002

² Daniel Macadar, «Apuntes sobre la formulación y el seguimiento de las metas del Milenio», trabajo presentado al taller *Monitoring Social Development: Indicators for Civil Society* (Seguimiento del desarrollo social: indicadores para la sociedad civil), organizado por Social Watch y PNUD, Río de Janeiro, Brasil, Noviembre 21-22, 2002.

³ Parágrafo 2 de la Declaración del Milenio.

⁴ Parágrafo 11 de la Declaración del Milenio.